

dose en divergencias de principios, la respuesta de "P.I" a nuestra carta busca razones que, aunque no lo sean, revelan un espíritu que no deja de ser inquietante.

Tomemos por ejemplo el reproche que nos hacen por que no haríamos sino repetir "viejas frases del pasado" con un tono serio. Es posible que sea así. Constatemos sin embargo que "PI" no hace sino repetir detrás de nosotros esas mismas posiciones. En efecto, no pocas veces fué necesario "repetir" para que los camaradas, que tomaron la iniciativa de fundar "PI", comprendieran esas ideas. Les sería difícil negar que son justamente esas "repeticiones" que están a la base de su propia formación y que, en todo caso, por el momento, no han conseguido ir más lejos.

Descartando este hecho, somos los primeros en reconocer nuestra insuficiencia y nuestras debilidades: nuestro trabajo de investigación teórica está muy lejos de satisfacerlos y estamos perfectamente conscientes de la necesidad de multiplicar nuestros esfuerzos en este campo. No somos "bordiguistas" que consiguen afirmar, sin siquiera reírse, que el programa de la revolución proletaria fué elaborado y acabado de una vez por todas en 1848 por Marx, y que desde entonces "no hay ni una palabra ni una coma que agregar o suprimir". Al contrario, estamos convencidos que el proletariado y sus organizaciones no dan un solo paso adelante sin ir completando ese programa sobre la base de su experiencia y de un estudio profundo de los nuevos elementos y condiciones de la realidad presente. Con nuestras débiles fuerzas contamos participar y contribuir a este esfuerzo general, tanto en el plano de la teoría que en el de la práctica.

Menos aún se pueden tomar en serio las consideraciones de la carta de "PI" sobre los valores individuales de algunos camaradas; se pretende reconocer "las cualidades de Juan" y "la seriedad de un David" a quienes se les ofrece misericordiosamente "la posibilidad de "ligarse" a la clase obrera". Aquí no se trata de Juan, ni de David, ni de ningún camarada individualmente, ni siquiera del conjunto de los camaradas. Esto es tan solo una manera de rebajar el debate y substituir un problema político por una cuestión de individuos. Por muy importante que pueda ser el valor de tal o tal individuo de una organización, un grupo político no es nunca una suma de personalidades, sino una entidad política. Un grupo político es un cuerpo de doctrina, un conjunto de principios y un espíritu militante. Los defectos o cualidades de los individuos que lo componen, por grande que sea su influencia, no pueden cambiar la naturaleza, la substancia de un grupo político. Simpatías o resentimientos personales, ni pueden servir como criterio, ni deben tener influencia alguna para justificar la existencia de un grupo. Solo una orientación general y la voluntad efectiva de militar deben servir como términos de referencia.

Pero, al rechazar las falsas razones invocadas por "PI" para mantener la injustificada separación de dos grupos, tenemos entendido restablecer la noción y definición de un grupo político y reafirmar por ella su validez general cuya importancia sobrepasa de lejos la cuestión inmediata.